

# Viejos y nuevos 'empotrados', testigos de excepción

La autocensura puede ser rentable pero el deseo de la opinión pública de no saber o de saber sólo aquello que quiere escuchar no justifica, en una sociedad democrática, que se oculte la verdad.

ÓSCAR MIJALLO

**D**esde bien antiguo historiadores y cronistas han acompañado a los ejércitos en sus campañas militares. Sufrían las mismas largas marchas y las mismas penurias que los soldados y oficiales y ello les permitió ser testigos de excepción de batallas que cambiaron el curso de la Historia.

Trescientos años antes de Cristo un joven griego de poco más de 20 años decidió embarcarse junto a las tropas panhelénicas en una de las campañas militares más formidables de la todos los tiempos: la conquista del gran Imperio Persa emprendida por Alejandro Magno. Se llamaba Calístenes y era sobrino segundo de Aristóteles. Las influencias de su tío, que había sido maestro del Gran Alejan-

dro, sirvieron para que acompañara al rey macedonio en calidad de cronista de la corte. Calístenes no era un soldado que participara en la campaña, como Jenofonte, que años antes narró en su *Anábasis*, la retirada de Asia Menor de 10.000 guerreros griegos derrotados por los persas. Su cometido era reflejar lo que veía, no pelear. Casi con toda seguridad no fue el primero y su trabajo poco tiene que ver con el que realizan los actuales periodistas *empotrados*, pero es evidente que, la tradición de acompañar a los ejércitos e informar de primera mano de lo que ocurre en el campo de batalla ha seguido viva hasta nuestros días.

El desarrollo del periodismo moderno y de nuevas tecnologías

Óscar Mijallo es redactor de Internacional en TVE, enviado especial en Bagdad y doctorando de Relaciones Internacionales en la Universidad Complutense.

## Viejos y nuevos 'empotrados'

como la fotografía y el telégrafo facilitaron que numerosos informadores siguieran a los ejércitos de manera habitual. En la Guerra de Secesión estadounidense los fotógrafos perseguían en sus carromatos, tirados por caballos y utilizados a modo de cuarto oscuro, a las tropas confederadas y unionistas. El telégrafo permitió que los corresponsales pudieran pasar días, o incluso semanas, en el frente y luego mandar las crónicas a sus rotativos en Londres, París o Nueva York. Fue una práctica habitual entre los grandes como William Howard Russell en Crimea, Archibald Forbes en la Guerra Franco-prusiana o Januarius Aloysius MacGahan, durante la Primera Guerra Mundial. Ellos desarrollaron su labor a caballo entre dos siglos, en los albores del periodismo moderno. La tradición continuó en la Guerra Civil española. George Orwell no dudó en pasar largas temporadas en el frente de Cataluña, en compañía de los trostkistas. En algunas ocasiones su fuerte compromiso ideológico –dicen– le llevo a traspasar la línea roja que separa al periodista del soldado. Años después, Robert Capa iba a bordo de una de las barcas que formaban la primera oleada del desembarco aliado en la playa de Omaha en

Normandía. Era el 6 de junio de 1944.

Desde entonces el fenómeno se ha repetido en casi todos los conflictos en los que han participado tropas estadounidenses y británicas pero ha cobrado especial importancia en la última guerra de Iraq. Una legión de más de 600 periodistas internacionales acompañaron a los soldados anglo-norteamericanos en la ocupación del país. La operación suponía el mayor despliegue informativo desde la Segunda Guerra Mundial y estaba diseñada para satisfacer al mismo tiempo los intereses del Pentágono y de los grandes medios de comunicación estadounidenses.

Tanto para los militares como para los medios el sistema de los 'empotrados' ofrecía innegables ventajas.

La mayoría de los especialistas coinciden en destacar la importancia de los canales de información 24 horas como pieza fundamental para el desarrollo del sistema. Son cadenas de noticias cuya voracidad engulle toda la información posible. Necesitan renovar constantemente su material y esa necesidad se transmite en cadena, no sólo a sus enviados, sino también a las agencias de noticias. Por otra parte la revolución tecnológica que se ha dado en el campo de las comunicaciones ha hecho posible que la transmisión de información pueda realizarse instantáneamente. El pasado

otoño, cuando la red de telefonía GSM aún no funcionaba en Bagdad, un chico de apenas 11 años vendía, a las puertas del hotel Palestina, distintos modelos de Thuraya. Los populares teléfonos satelitales costaban poco más de 500 dólares y con ellos un enviado puede entrar en directo en radio o televisión desde cualquier lugar perdido en medio del desierto. Para transmitir imágenes de vídeo, textos, fotografías o incluso hacer un directo mediante videoconferencia sólo son necesarias dos antenas parabólicas desplegadas –las Nera, por ejemplo– que se llevan en sendos maletines de mano. Con ellas, un módem y un portátil puede realizarse una conexión de alta velocidad a la Red.

Con este panorama un reportero que acompañe a las tropas en sus misiones y disponga del equipo necesario tiene infinitas posibilidades para los medios de comunicación, en especial para las televisiones. Pero todas las monedas tienen su cara y su cruz. El hecho de incrustar periodistas supone aceptar las reglas de comportamiento que impongan los militares. Geert Linnebank, editor jefe de la agencia Reuters, afirma que para los políticos y los generales la voracidad informativa de los nuevos medios supone una oportunidad a la vez que una amenaza. El fenómeno del *empotramiento* –sigue diciendo Linnebank– supone que los reporteros pueden informar desde primera línea de fuego, mientras que el ejér-

cito puede ejercer un considerable control sobre lo que ven, escriben y, en consecuencia, sobre lo que transmiten a la opinión pública.

Tanto para los militares como para los medios el sistema de los *empotrados* presentaba innegables ventajas. Los periodistas tendrían acceso, no sólo al frente sino también a los jefes militares, por lo que podrían rebatir la versión oficial dada por los generales. El Pentágono, por su parte, esperaba que los reporteros pudieran contrarrestar los efectos de la propaganda enemiga. El otro gran argumento a favor era el de la seguridad. Supuestamente, los periodistas que viajaban con el ejército gozaban de su protección y no estaban expuestos al fuego de las tropas aliadas. Para reforzar su seguridad los reporteros dispusieron del mismo equipo de protección contra armas químicas y bacteriológicas que, según se dijo, poseía el régimen de Sadam. Incluso se les suministraron las mismas vacunas y algunos recibieron cursillos específicos para corresponsales de guerra.

Los sistemas de *empotramiento* anteriores no habían llegado a tal grado de cooperación aunque, bien es cierto, que en la Segunda Guerra Mundial los periodistas estadounidenses se integraban durante largas temporadas y llevaban equipo y uniforme militar. El fuerte compromiso de la población y la prensa norteamericana en aquel conflicto hizo que el mensaje patriótico dominara el

## Viejos y nuevos 'empotrados'

ambiente informativo y las relaciones entre el ejército y los medios fueran buenas. En el caso británico el Ministerio de Propaganda pidió a los diarios que designaran a sus corresponsales a los que se les dio un uniforme específico y se les entregó un distintivo en el que aparecía la letra "C". Los periodistas británicos fueron alejados deliberadamente del frente en unidades logísticas y de comunicaciones bajo la supervisión de censores.

Pero sin duda, los que peor parte se llevaron fueron los informadores alemanes que tuvieron que contar lo que ocurría en primera línea de fuego. Goebels los integró en su descomunal máquina de propaganda bélica dentro de las Propaganda Kompanien, que reclutaron redactores, cámaras, fotógrafos, locutores, etc... Recibieron entrenamiento militar básico, lo que no impidió que murieran tres de cada diez, un porcentaje similar al de la infantería.

La guerra de Vietnam fue cubierta por un gran número de profesionales de la información de todo el mundo, en especial estadounidenses. Ellos no dudaron en mostrar imágenes que reflejaban los horrores de la guerra: fosas comunes repletas de cadáveres cubiertos de cal, soldados norteamericanos y vietnamitas

muertos, civiles con terribles mutilaciones, casas destruidas o niños corriendo quemados por las bombas de napalm. Escenas que conmocionaron a la opinión pública y la posicionaron en contra de la intervención. Entre los militares estadounidenses comenzó a extenderse la impresión de estar luchando contra un enemigo en las trincheras del sudeste asiático

y contra otro dentro de la propia nación. Muchos percibían que la derrota comenzaba a fraguarse en las páginas de los diarios y en los noticieros de televisión. George Galloway, en *Military-Media Relationship*, escribe: "Una generación de soldados se irán a la tumba odiando a la prensa por lo que escribió".

En el año 1983, la invasión de Granada constituyó una victoria sin paliativos para los estadounidenses pero no se permitió a los centenares de periodistas desplazados hasta Barbados cubrir el conflicto. Sólo 15 de ellos pudieron visitar los frentes y rehusaron compartir su material por lo que la prensa no pudo informar de los detalles de aquella campaña. La reacción contra el ejército, reclamando el derecho del gran público a estar informado, fue inmediata y el Pentágono recuperó la idea de que en la guerra también existe un fren-

**Goebels integró a los informadores alemanes en una descomunal máquina de propaganda bélica.**

te mediático interno. Se eligió al general retirado Winant Sidle para realizar un informe que posibilitara a los medios de comunicación la cobertura de conflictos armados. Para ello Sidle trabajó conjuntamente con las principales organizaciones periodísticas de Estados Unidos entre las que estaban la American Newspaper Publishers Association, la American Society of Newspaper Editors, la National of Broadcasters y la Radio-Television News Directors Association. En 1984 se publicó una propuesta que contenía ocho recomendaciones entre las que figuraba el envío de *pooles* de periodistas a las zonas de combate cuando otras formas de acceso no fueran viables, con el fin de proteger su seguridad. El documento también establecía que los periodistas que viajaran deberían respetar las directrices establecidas por el Departamento de Defensa y que su violación constituiría la expulsión inmediata de la cobertura de la operación. Este es el momento que marca el nacimiento de la figura de los *empotrados* modernos: por primera vez, varias asociaciones de medios de comunicación independientes aceptan de forma expresa acatar las restricciones impuestas por el ejército con el fin de que se les permita el acceso a la primera línea de fuego.

El nuevo acuerdo tuvo su bautismo de fuego en 1989 en la invasión de Panamá, aunque la mala planificación y la desinformación hizo que

la prensa llegara con retraso y que fueran retenidos en la base aérea Howard. Sin embargo, Frank A. Aukofer y William P. Lawrence, en *America's Team: The Odd Couple-Report on the Relationship Between the Media and the Military*, afirman que ello sirvió para que el entonces jefe del Estado Mayor Conjunto, el general Collin L. Powell, enviara un mensaje a sus comandantes haciendo énfasis en la importancia de permitir a los medios la cobertura de las operaciones militares:

“Los jefes militares deben comprender que los aspectos mediáticos de las operaciones militares son importantes... y merecen su atención. La cobertura de la prensa y el apoyo de los *pooles* deben ser planificados simultáneamente con los planes de las operaciones y tienen que tener en cuenta todos los aspectos de la actividad operacional incluyendo el combate directo, la atención médica, los prisioneros de guerra, los refugiados, etc...”

La nueva predisposición del Pentágono y el pacto con los medios posibilitaron la mejora del sistema en Somalia y en la guerra del Golfo de 1991. Tras los atentados del 11-S y la intervención en Afganistán era evidente que las actuaciones militares norteamericanas en el exterior, en el marco de la guerra del presidente Bush contra el terrorismo, tenían muchas posibilidades de ir en aumento y que el sistema de *empotrar* a la prensa podía ser muy útil.

## Viejos y nuevos 'empotrados'

Durante la última guerra de Iraq el sistema llegó a su apogeo. El Pentágono permitió a unos 660 informadores, de los que alrededor de 150 no eran estadounidenses, integrarse en las unidades que entraron en acción. Sin embargo, las críticas han ido en aumento. A pesar de que los corresponsales podían informar de lo que ocurría en primera línea del frente, los detractores del sistema argumentan que se ofrece una visión sesgada del conflicto porque la fuerza de los hechos que se describen y, en el caso de la televisión, el impacto visual de las imágenes, va en detrimento de un análisis más profundo. El público disponía de las impresionantes escenas que recogían las cámaras situadas en los blindados o de las obtenidas por los reporteros en las trincheras, pero eso, restaba tiempo y espacio a la explicación global la guerra. Así, se eliminaban de la agenda informativa temas más complejos referidos a explicar el marco general del conflicto, sus causas, las consecuencias sobre la población civil, la economía y los posibles perjuicios que podía ocasionar a las relaciones entre Washington y los países árabes.

Los periodistas debían respetar las exigencias que los mandos militares imponían en materia de segu-

ridad. Informar de aspectos operacionales como el objetivo de las misiones, los lugares concretos donde éstas se desarrollaban o los efectivos que participaban en ellas podía suponer la expulsión de los corresponsales, lo que en la práctica, suponía una forma de censura encubierta. El corresponsal de *The Christian Science Monitor* y el de Fox News, Gerardo

Rivera, fueron expulsados en pro de esas consideraciones. Esto hacía que muchos de los informadores *empotrados* desarrollaran una autocensura dedicada a evitar la retirada de su permiso o la reprimenda de sus superiores. De hecho tuvieron que aceptar una lista de 49 reglas, que puede consultarse en la página web de Reporteros sin Fronteras, para obtener su acredita-

ción. Sin embargo, un informe realizado por la BBC afirma que los *incrustados* de la cadena británica enviaron igual porcentaje de imágenes de iraquíes celebrando y rechazando la llegada de las tropas de la coalición a Bagdad. El mismo documento señala que fue en la redacción de Londres donde se prefirió emitir, en una proporción de siete a uno, las escenas que mostraban celebraciones en lugar de aquellas que reflejaban el rechazo de la población a los ocupantes. Marc Urban, de la BBC, llegó

---

Muchos de los 'empotrados' desarrollaron una autocensura para evitar la retirada del permiso.

a decir que el fracaso más importante de la cobertura de la guerra fue la imposibilidad de enseñar la realidad de lo que las fuerzas anglo-norteamericanas estaban haciendo con la infantería de Sadam porque fue allí donde se ganó la guerra y donde se produjo el 95% de la matanza.

Las imágenes de cadáveres mutilados o cuerpos deshechos fueron proscritas bajo el argumento de que no es necesario recrearse el morbo para informar con objetividad. Pero los que están en contra de este argumento afirman que las guerras llevadas a cabo por gobiernos democráticos se hacen en nombre y en interés del pueblo y que, por tanto, si la opinión pública apoya una guerra tiene obligación de asumir todas las responsabilidades, una de las cuales, es ver en televisión las consecuencias de los combates. Es decir, los muertos enemigos y los propios así como los sufrimientos de la población civil.

Christopher D. Tulloch, en *Corresponsales en el extranjero, mito y realidad*, afirma que se intentó neutralizar cualquier efecto negativo sobre la población al imponer un retraso de unos segundos sobre las imágenes en directo de las cámaras situadas en los blindados para después retirarlas paulatinamente. Tulloch recoge las impresiones de Robert Fisk, de *The Independent*, uno de los más críticos con el sistema, que no ha dudado en afirmar que los corresponsales integrados se hallan sometidos a una

censura para confundir deliberadamente a la audiencia de la BBC no sólo en Gran Bretaña sino en todo el mundo. Durante la campaña, el historiador Philip Khightly sólo encontró una crónica crítica con la actuación militar estadounidense que contradijera la versión oficial. Fue una información referida al 31 de marzo de 2003, cuando los soldados norteamericanos dispararon contra un vehículo matando a siete mujeres y niños publicada por el *Washington Post*. La versión de la Coalición mantenía que se habían realizado disparos de advertencia pero el *empotrado* William Braningin afirmó que no fue así y que el número de muertos ascendía a 10. La crítica de la actuación de los propios ejércitos es otro de los obstáculos que deben superar los periodistas.

El hecho de que durante una guerra un medio que adopte una línea demasiado dura puede ser percibido como antipatriota por el público y traducirse en un descenso de la audiencia o de la venta de ejemplares. Dicho de otra forma: la autocensura puede ser rentable pero el deseo de la opinión pública de no saber o de saber sólo aquello que quiere escuchar no justifica, en una sociedad democrática, que se oculte la verdad de lo que sucede aunque ésta sea desagradable.

También se ha hablado del síndrome de Estocolmo de los periodistas, un fenómeno por el cual el hecho de que los *empotrados* vivan las mismas

## Viejos y nuevos 'empotrados'

circunstancias y los mismos peligros que las tropas y de que en cierto modo su seguridad dependa ellas, hace les sea difícil narrar los hechos con objetividad. Gran número de estudiosos de la comunicación han llamado la atención sobre la utilización de la primera persona del plural –nosotros, nuestras tropas– en las crónicas. Christiane Amanpour, durante años la corresponsal estrella de la CNN, resta importancia al uso de este lenguaje patriótico con el argumento de que los reportajes van dirigidos a las tropas o al público norteamericano, si bien advierte del peligro que supone.

La seguridad de los periodistas es otro de los argumentos que con más frecuencia se esgrime a favor del sistema. Sin embargo, 4 de los 13 periodistas muertos en Iraq durante 2003 eran *empotrados*; entre ellos estaba el español Julio Anguita Parrado. Un número muy elevado para un conflicto de tan corta duración.

Por otra parte, los informadores deben tener en cuenta que las unidades a las que acompañan son un objetivo militar legítimo según la Convención de Ginebra y que, por tanto, ellos se convierten en blancos potenciales y pueden perder la protección jurídica que les brinda la legislación internacional. En este sentido resultan impresionantes las palabras de Stuart Hughes, productor de la BBC, quien perdió una pierna al pisar una mina en Iraq y que a pesar de ello

mantiene que los periodistas deben asumir el riesgo que conlleva su trabajo en el frente del mismo modo que lo hacen los militares. Profesionales como John Simpson, redactor jefe de Internacional de la cadena pública británica, o Robert Menard, secretario general de Reporteros sin Fronteras, afirman que los informadores que trabajan fuera del sistema son los más perjudicados porque se enfrentan al rechazo de ambos bandos y en especial de las tropas de la Coalición. De hecho, muchos no *empotrados* se quejaron de que la policía militar estadounidense les negó su entrada desde Kuwait y de que fueron detenidos clandestinamente.

La multitud de empresas de seguridad privadas que trabajan en Iraq contratadas por la Coalición dificulta aún más la labor de los no *empotrados* que tienen que evitar no sólo la censura militar, sino también el control informativo de los mercenarios. Se trata de individuos contratados por la Coalición, a la que algunos medios de comunicación se refieren como contratistas, un término mal traducido, que induce al error y que proviene del inglés: *contractor*.

En octubre de 2003 un coche abandonado a las puertas del Teatro Nacional de Bagdad despertó las sospechas de la policía iraquí pues pensó que podía tratarse de un coche bomba. El ejército estadounidense acordonó la zona hasta que quedó claro que se trataba de una simple avería,



una rotura del cable del embrague del vehículo. El conductor, un anciano iraquí ataviado con la tradicional *kafiya*, había abandonado minutos antes el vehículo para buscar a un mecánico. El anciano intentaba dar explicaciones a los soldados mientras éstos le propinaban una buena ración de mamporros y se lo llevaban detenido. Acto seguido, varios individuos vestidos de civil y con chaleco antibalas y gafas de sol encañonaron a nuestro equipo de TVE, a otro de la televisión japonesa y a un *freelance* que grababan la escena. Tras examinar la documentación y sin bajar las armas requisaron todo el material audiovisual y en el habitual inglés con acento americano de los mercenarios –ese que se distingue porque no atiende a razones– dijeron que no se podía grabar nada que comprometiera la seguridad. El hecho pone de manifiesto que los informadores no sólo se enfrentan a la censura de las tropas, en muchos casos menos estricta, sino también a la de los mercenarios que trabajan en la sombra y sólo responden ante sus pagadores.

En este sentido, se ha llegado a sugerir que todas las dificultades que se pongan a la labor de los periodistas no *empotrados* contribuirían al éxito del nuevo sistema y por tanto al control de la información por parte de las autoridades. Si la prensa independiente da una versión de los hechos diferente a la oficial o que no responda a los intereses de las poten-

cias en conflicto, puede llegar a ser un auténtico quebradero de cabeza para los gobiernos que tienen que responder en las urnas ante los ciudadanos. Esto hace más peligrosa y difícil la labor de los reporteros de guerra. Aunque quizá sea aventurado, no faltan los que relacionan esta teoría con el bombardeo contra el Hotel Palestina, en el que murieron el cámara de Telecinco José Couso y Taras Protsyuk, de Reuters.

Para los medios de comunicación son muchas las ventajas que supone el hecho de que sus informadores acompañen a las tropas, pero no cabe duda de que nada vale esa información tan espectacular si está sometida al control o a la censura militar. No se trata de poner en entredicho la labor de los profesionales que han arriesgado sus vidas acompañando a las tropas pero, parece claro, que su contribución no es suficiente para cubrir todas las facetas de un conflicto. Sus aportaciones tienen gran valor pero es necesario complementarlas con las de otros compañeros que informen desde fuera del ámbito de las tropas y, a ser posible, en el caso de una guerra como la de Iraq, entre la población civil. Además, es necesario cubrir la faceta más importante y quizás menos espectacular de cualquier conflicto: hay que explicar cuáles son las causas y las consecuencias de la guerra, aunque eso signifique restar importancia a la imagen de impacto. 